

Revista de Indias, 1989, vol. XLIX, núm. 185

HISTORIOGRAFIA REALIZADA EN CUBA DESPUES DE LA REVOLUCION «CASTRISTA» (1959-1984)

POR

CARMEN ALMOVODAR MUÑOZ

Universidad de La Habana

El colonialismo español había frenado en la isla durante el siglo XIX, toda manifestación cultural tendente a despertar en los cubanos ideas proclives al independentismo; por tanto el subdesarrollo que caracteriza nuestra historiografía en ese período tiene una estrecha vinculación con la política orientada por la metrópoli. El cese de la dominación hispana (1898) no contribuye a que se produzca en Cuba un auge en la producción historiográfica; se mantiene el subdesarrollo ya apuntado como la característica más importante de nuestra historiografía en la primera mitad del siglo XX. De hecho, el tema fundamental, el referido a la historia general de Cuba, no se aborda con la profundidad y nivel científico requeridos; tampoco centran los historiadores su atención en los temas de mayor interés como son los relativos a nuestro desenvolvimiento económico social (1).

Una parte de la labor historiográfica que surge en Cuba después de cesar las hostilidades, se muestra abanderada de las ideas nacionalistas, tomando siempre como punto de referencia a España (2). En estas obras no se levanta la voz para criticar a los que habían acogido como línea política la anexión a los

(1) La mayor parte de los historiadores que fungen como tales durante la república neo-colonial, no han recibido una preparación adecuada al efecto; se forman sobre la marcha y una minoría se dedica a tiempo completo a las tareas inherentes a un historiador. La mayoría procede de familias acomodadas y responde a los intereses de su clase.

(2) Francisco FIGUERAS es autor de los siguientes títulos: *Cuba Libre: anexión o independencia* (1898); *Cuba y su evolución colonial* (1909); José I. RODRÍGUEZ escribe *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la isla de Cuba* (1890). A. Rafael MARTÍNEZ Ortiz se deben las páginas de *Cuba: los primeros años de independencia* (19-11-1921).

Estados Unidos; se justifica a los cubanos que no habían adoptado una actitud nacionalista consecuente en el momento decisivo.

El ingerencismo norteamericano, la intervención político-militar en la isla, se obvia las más de las veces; cuando no cabe esta salida, los historiadores del patio que se alinean junto al imperialismo, abordan el tema sobre la base del «conformismo fatalista». Tienen que convencer a los lectores de que la única solución de Cuba ante hechos consumados como la Enmienda Platt, es la de sometimiento al poderoso vecino norteamericano; estos historiadores elogian los «ángulos positivos» de la penetración económica imperialista, subrayan la «ayuda» brindada por los norteamericanos para liberarnos del yugo colonial hispano y exhortan a los cubanos para que cooperen con los interventores. Francisco Figueras, José Ignacio Rodríguez y Rafael Martínez Ortiz, máximos exponentes de este tipo de quehacer, enarbolan los banderas del conformismo y la virtud doméstica para «preservar» a Cuba de males mayores —futuras intervenciones— que atenten contra la paz y la «libertad» que disfrutaba el pueblo cubano.

Frente a la vertiente pro-imperialista a la que ya hemos hecho alusión, se advierte en nuestra historiografía la presencia de un frente patriótico-nacionalista empeñado en cerrar filas para salvaguardar el sentimiento de la nacionalidad puesto en peligro por la apetencia norteamericana. Podemos incorporar a esta línea de trabajo algunos de los discursos y conferencias pronunciados por Manuel Sanguily combatiendo el Tratado de Reciprocidad y en demanda de relaciones de mutuo respeto entre Estados Unidos y Cuba (3), así como medulares escritos del erudito cubano Enrique José Varona, donde analiza serenamente el fenómeno imperialista y hace un llamado de alerta sobre el expansionismo yanqui (4); sin embargo, los historiadores que emergen en primer plano para remontar el patriotismo y heroicidad de nuestros próceres son Vidal Morales y Enrique Collazo (5). Este último denuncia en plena etapa de ocupación militar norteamericana las falacias del imperialismo yanqui, convirtiéndose en el

(3) Los discursos de SANGUILY a los cuales hago referencia, están compilados en la edición *Discursos y Conferencias* de 1918.

(4) Los trabajos de VARONA a los que hago alusión son: *El imperialismo a la luz de la sociología* (1905) y los artículos: *El imperialismo americano* y *El imperialismo americano y la intervención de los Estados Unidos en Cuba*.

(5) COLLAZO es autor de numerosos trabajos; entre ellos se destacan: *Cuba independiente* (1900), *Los americanos en Cuba* (1905) y *Cuba Heróica* (1913). Vidal MORALES es un erudito; a su pluma se debe ese clásico de nuestra historiografía que responde al título de *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución cubana* (1901).

historiador cubano que critica en sus libros el ingerencismo de nuestros vecinos del Norte en los asuntos internos de la isla. En 1910 se funda la Academia de la Historia de Cuba, institución que aunque en cierta medida coadyuva al desarrollo de los estudios históricos en Cuba, su quehacer no trasciende al pueblo porque desenvuelve éste en un radio de acción limitado a una pequeña élite. Años más tarde, en la década del 20, se inicia la renovación de los estudios históricos en nuestro país; los historiadores que contribuyen decisivamente a estos cambios —Ramiro Guerra, Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring— no escapan a la corriente positivista en los momentos en que dicha vertiente representa un paso de avance en la producción historiográfica cubana; ellos se desprenden de los moldes caducos tradicionales entronizados durante más de un siglo en nuestra historiografía, contribuyendo con sus aportes (6) a elevar el nivel científico de los estudios históricos en el país.

Paralelamente a este proceso de renovación, se desarrolla en Cuba una línea de trabajo conservadora, que no rompe el cordón umbilical con los pioneros de la dependencia colonial en nuestra historiografía. Estos intelectuales, que conocen las nuevas técnicas de investigación así como los métodos modernos de exposición de esta ciencia no son innovadores, no crean cánones nuevos en la historiografía cubana y su pluma no se pone al servicio de la defensa de la soberanía nacional. Por esta senda incursionan entre otros Herminio Portell Vilá y Emeterio Santovenia (7).

En la propia década del 20, de especial significación para los estudios históricos en Cuba, también se manifiestan inequívocas señales que apuntan hacia la necesidad de una nueva interpretación de la historia nacional. Julio A. Melle y Rubén Martínez Villena, esos destacados exponentes de la llamada Generación del 30 en nuestro país, muestran tempranamente su preocupación por la forma en que se analiza la historia de Cuba y así lo expresan en algunos de sus escritos. Ellos encuentran oídos muy

(6) RAMIRO GUERRA no se limita a exponer los aspectos político-administrativos conforme a los cánones tradicionales sino que añade la organización social y especialmente la vida económica cuando analiza un período histórico determinado. FERNANDO ORTIZ indaga en las raíces de la sociedad cubana y advierte que nuestra cultura es *mestiza*; nos ayuda a definir nuestra identidad nacional. EMILIO ROIG combate al clericalismo ultra-conservador y la política expansionista norteamericana, hurgando en sus raíces.

(7) PORTELL VILÁ cuenta con dos obras significativas, que están apoyadas por importantes fuentes documentales en las que descansan para fundamentar la tesis que defiende. Estos trabajos son: *Narciso López y su época* (1930-1950-1958); *Historia de Cuba en sus relaciones con los E. Unidos y España* (1949).

receptivos para sus inquietudes en la década del 40; tres militantes comunistas —Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez y Sergio Aguirre— (8) asumen la tarea de aplicar el marxismo a la historia de Cuba, sentando con ello pautas que marcan un hito en la historiografía cubana.

No podemos obviar en esta parte introductoria del trabajo, que los esfuerzos realizados por Guerra, Ortiz y Roig en aras de revitalizar los estudios históricos en Cuba no pueden considerarse baldíos; por el contrario, un nutrido grupo de historiadores asimila las nuevas directrices y cada uno de ellos, desde su trinchera de trabajo, contribuye en menor o mayor grado a elevar la calidad de nuestra historiografía. Estos estudiosos que dejan atrás la crónica, procuran superar sus métodos de investigación y asumen una actitud crítica ante el pasado histórico cubano, intentando reconstruirlo con honestidad; ellos están conscientes de que es preciso cubrir los vacíos historiográficos existentes y trabajan en esa dirección. Entre otros, se destacan los historiadores José L. Franco, Elías Entralgo, Fernando Portuondo y Raul Cepero Bonilla (9).

Lo anteriormente expuesto sintetiza los aspectos más representativos de la labor historiográfica generada en Cuba, al calor de la república neo-colonial evidenciándose las limitaciones de este importante quehacer.

Al triunfar la Revolución Cubana en enero de 1959, se abren nuevos caminos para el desarrollo educativo y cultural de nuestro pueblo; todo se transforma al impacto dinámico de la Revolución y la historiografía no es ajena a los cambios profundos que se producen paulatinamente en la sociedad cubana tras el derrocamiento de la dictadura batistiana.

(8) Blas ROCA a través de *Los fundamentos del socialismo en Cuba* (1943) inicia a miles de trabajadores cubanos en los principios del marxismo leninismo. Carlos R. RODRÍGUEZ en *El marxismo y la historia de Cuba* subraya que la historia marxista de Cuba debe hacerse "sin parcialidades ni cabildeos". *Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX*, de Sergio AGUIRRE, es un meritorio esfuerzo por romper los esquemas pre-establecidos para analizar el período.

(9) José L. FRANCO es un autodidacta. Entre sus numerosos trabajos se destacan: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida* (1951-57) y *Los palenques de los negros cimarrones* (1973).

Elías ENTRALGO es uno de los primeros historiadores cubanos que profundiza en el carácter de nuestro pueblo y tiene el valor de abordar el tema del negro cuando éste resulta «tabú». Fernando PORTUONDO es el feliz autor de una *Historia de Cuba* que ha coadyuvado durante varias décadas a la formación patriótica y nacionalista de millares de jóvenes estudiantes cubanos. R. CEPERO BONILLA nos lega un novedoso libro, *Azúcar y Abolición* (1948), en el que analiza el problema de las relaciones entre la industria azucarera, las clases sociales y la abolición de la esclavitud con un punto de vista diferente el de otros historiadores.

Cobra mayor vigencia la militancia político-social de nuestra historiografía, es decir su pragmatismo, que defiende nítidamente su partidismo revolucionario y contenido ideológico clasista y antimperialista. La historiografía se convierte en una de las principales armas para el combate ideológico contra el imperialismo yanqui y como instrumento del conocimiento para la explicación e interpretación de nuestra Revolución.

Desde los primeros momentos se observa en los discursos de los máximos dirigentes cubanos una marcada preocupación por la historia, porque el pueblo conozca su pasado y especialmente lo concerniente a nuestras luchas por la independencia nacional, así como las raíces históricas de la dependencia de Cuba a los Estados Unidos de América.

Aunque la Editora Nacional de Cuba no se funda hasta 1962, esto no impide las publicaciones a través de diversos organismos estatales; son numerosos los libros que se editan a partir de 1959, fundamentalmente sobre las temáticas ya apuntadas. Debemos destacar en 1.º término la labor editorial de la Oficina del historiador de la Ciudad de La Habana, dirigida en esos años por Emilio Roig, incansable defensor de la soberanía e independencia de nuestro país, la citada Oficina promueve la impresión de múltiples títulos encaminados a poner al desnudo la aviesa política norteamericana con respecto a Cuba. Uno tras otro se editan: *Males y vicios de Cuba republicana, sus causas y sus remedios* (1959). *El antiimperialismo de D. Francisco Henríquez y Carvajal* (1959). *Los Estados Unidos contra Cuba libre* (4 T. 1959). *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos* (1960). *Los Estados Unidos contra Cuba Republicana* (1960), *Historia de la Enmienda de Platt* (1961), etc.

La Oficina no solo se empeña en esta época en hacer reediciones sino que incluye en el plan editorial algunos trabajos inéditos de Roig, como *Los Estados Unidos contra Cuba Libre*, valioso arsenal de documentos. No pasa por alto el Historiador de la Ciudad de La Habana la divulgación del pensamiento martiano, vigente más que nunca después del triunfo revolucionario; publica varios folletos sobre nuestro Héroe Nacional, entre ellos: *La República de Martí* (1960) y *Caminos en la vida de Martí* (1961). Asimismo la referida Oficina imprime obras de otros autores que contribuyen a rescatar algunos hechos poco conocidos de nuestro pasado histórico —enmarcándolos en su justa dimensión—, como el acucioso trabajo de José Luciano Franco *Ruta de Antonio Maceo en el Caribe* (1961) donde el autor revela

su dominio del tema sobre la base de un consecuente aprovechamiento de fuentes documentales y bibliográficas. La Oficina rinde homenaje al centenario de la muerte de Alejandro de Humboldt, segundo descubridor de América (1959); Roig aprovecha la coyuntura para imprimir el *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba* del referido Barón, una de las obras que influye más temática y metodológicamente en el laboreo historiográfico de cubanos y españoles que son contemporáneos al autor del célebre Ensayo.

De todos los trabajos publicados por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana durante estos años, el que alcanza mayor número de ediciones, es el folleto de denuncia —que de hecho se había convertido en un arma de combate contra el batistato— escrito por Roig en 1950 (10), titulado *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*; en sus páginas se demuestra exhaustivamente que *el Estado norteamericano fue siempre enemigo de la independencia de Cuba*.

Fuera de los predios de la meritoria institución municipal se imprimen otros significativos trabajos recordemos en 1.º término *Los fundamentos del socialismo en Cuba* de Blas Roca que circula 1959 por el país en una edición corregida y aumentada. Este libro se convierte a partir de 1961 en uno de los más leídos por las masas trabajadoras. Dado que se la utiliza como material de estudio en las Escuelas de Instrucción Revolucionarias, fundadas con la finalidad de elevar el nivel político-ideológico de los revolucionarios cubanos; los contenidos de esta obra se ajustaban a los objetivos propuestos, ya que la misma coadyuva a «una comprensión mejor de lo que significan y representan los principios marxistas leninistas en la solución de los problemas de nuestra patria» (11). Por su parte, la Dirección General de Cultura del MINED. Incorpora en su colección «Los mejores autores cubanos» algunos clásicos de la historiografía cubana, como los *Papeles sobre Cuba* de José A. Saco de obligada consulta para todos nuestros intelectuales.

A su vez el Ministerio de Educación imprime —por su trascendencia— los ensayos *El marxismo y la historia de Cuba* y *Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX*, escritos por Carlos R. Rodríguez y Sergio Aguirre, respectivamente. En el primero de estos trabajos el autor fundamenta el porqué la

(10) Este trabajo es la ponencia presentada por Roig el 9º Congreso Nacional de Historia.

(11) Sergio, AGUIRRE. Notas de clase en curso de post-grado. 1980.

historia nacional se había abordado tradicionalmente de manera apologética; explica cuáles son los intereses que habían movido a unos y otros historiadores a no variar los modelos establecidos, y por supuesto, aunque reconoce los intentos realizados por un grupo de historiadores progresistas para cambiar los cánones existentes, aboga por una historia de Cuba escrita sobre la base de los métodos marxistas.

Por su parte, Aguirre demuestra en su trabajo una gran capacidad para el análisis; establece una periodización tentativa del siglo XIX —que en la práctica se ha mantenido sin sufrir muchos cambios— y enmarca dentro de cada uno de esos períodos a qué corriente de pensamiento se inclina la burguesía cubana de la época para defender sus intereses clasistas, así como los factores económicos, políticos y sociales que influyen en sus determinaciones.

El Ministerio de Educación también edita —del propio Sergio Aguirre— el folleto *Lecciones de Historia de Cuba* (1960), que sigue de cerca muchos de los planteamientos expuestos en el referido Ensayo por el profesor Aguirre este trabajo se convierte en un eficaz auxiliar para los docentes que imparten la historia nacional en la enseñanza media, durante muchos años.

Otro prestigioso historiador, Julio Le Riverend, dicta para el MINCEX, en los albores de la Revolución, un ciclo de conferencias sobre historia económica de Cuba, las cuales se publican mecanografiadas en 1961. Este material se adopta como texto para los Institutos Pre-Universitarios del país y se reedita varias veces a partir de 1963; Le Riverend rompe con los esquemas cronológicos, estudia los problemas socio-económicos cubanos dentro del contexto universal y enfatiza las cuestiones agrarias, sobre las cuales aporta novedosa información.

Las conferencias impartidas por Le Riverend en la Universidad de La Habana —curso 1960-61— se recogen en el libro *La República: dependencia y revolución*, que se convierte también en un libro de texto. En los momentos en que se edita (1963) llena un gran vacío historiográfico, sobre todo, constituye un serio esfuerzo por ayudar a nuestra juventud a la comprensión del proceso histórico cubano durante las décadas que conforman la república neo-colonial, a partir de un enfoque marxista del mismo.

En 1960 se celebra en La Habana el *1.º Festival del Libro Político* y con ese motivo se publican numerosas obras que abordan críticamente el tema de la política imperialista norteamericana con respecto a América Latina; entre estos títulos sobre-

salen *Ensayos Revolucionarios* de Julio A. Mella y *La misión Welles* de Carlos R. Rodríguez. En ambos casos, por encima de la riqueza informativa predomina el análisis crítico del problema; teniendo en cuenta su calidad se han reproducido posteriormente.

Dentro del marco del 1^{er}. Festival, algunas editoriales lanzan —en ediciones populares— diferentes libros que recogen parte del quehacer de figuras representativas del pensamiento cubano del siglo XIX, incluyendo algunos viajeros que habían visitado nuestra Patria. Se publican en esta forma *El juego y la vagancia en Cuba* de José A. Saco; *Cartas a Elpidio y Educación y Patriotismo* del Padre Félix Varela y la *Vida y obra de Alejandro de Humboldt*, entre otros. En el mismo año de 1960, aprovechando la coyuntura histórica, se edita en Cuba la primera monografía relacionada con la historia económica del país, escrita después del triunfo de la Revolución: *El imperialismo norteamericano en la economía de Cuba*, donde Oscar Pino Santos estudia la estructura económica de Cuba, así como la necesidad de su rectificación a través de medidas *a fondo* como la Reforma Agraria. El autor con su apretada síntesis —apoyada en numerosos cuadros estadísticos— coadyuva a la comprensión de los cambios que se operan en el proceso económico cubano después del establecimiento de la república neo-colonial.

La Academia de la Historia también hace su contribución en esta etapa; básicamente concentra sus fuerzas en la impresión de varias *biografías de provincias*, es decir, se interesa en la historia regional. Este trabajo se enlaza con el realizado en el siglo XIX por numerosos miembros de la Sociedad Económica de Amigos del País, que viéndose impedidos de elaborar la historia general y sistemática de la Isla —por las barreras impuestas por el colonialismo hispano—, centran su interés en la redacción de *historias locales*.

De los referidos ensayos publicados por la Academia sobresale *La Habana, biografía de una provincia* (1960), que merece nuestro especial reconocimiento, tanto por el caudal informativo que contiene como por la organización interna que el autor —Julio Le Riverend— da a su trabajo donde demuestra no sólo que domina este tema sino una sólida formación cultural.

En el período que media entre el triunfo de la Revolución y la declaración del carácter socialista de la misma, se producen cambios evidentes en nuestra producción historiográfica; estas transformaciones se hacen más profundas y adquieren un mayor alcance después de esta significativa fecha.

El gobierno cubano y en particular el Ministerio de Educación, ponen todo su empeño —a partir de 1961— para que se analicen los hechos históricos con enfoque marxista.

La Escuela de Historia y el Instituto de Historia adscrito a la Academia de Ciencias de Cuba y el Archivo Nacional de Cuba cooperan con sus esfuerzos a salvar de la destrucción muchas fuentes históricas, a forjar los nuevos especialistas y a realizar las investigaciones necesarias para que la historia marxista de Cuba pudiera escribirse luego de un recuento escrupuloso de todas las pruebas documentales, testimonios y referencias con el fin de hacer prevalecer la veracidad histórica que muchos historiadores habían escamoteado inescrupulosamente.

La tarea no resulta fácil a pesar de que se ponen todas las fuerzas en tensión; sin embargo, aunque se confrontan múltiples dificultades, los escollos se van venciendo paulatinamente y el objetivo perseguido comienza a cumplirse. Lógicamente varían los métodos de trabajo empleados por nuestros historiadores y se amplían las temáticas abordadas por ellos; a la par se multiplican las publicaciones al amparo de la nueva política editorial.

Hasta el triunfo de la Revolución no hay muchas experiencias de trabajo en equipo entre nuestros historiadores, Constituyen excepciones de lo expresado, el *Curso de Introducción a la Historia de Cuba* publicado en los Cuadernos de Historia Habanera por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana —que es el resultado de un valioso empeño colectivo— y los tomos que integran la voluminosa obra *Historia de la Nación Cubana* (1952); escritos por un grupo de historiadores bajo la experta dirección de Ramiro Guerra. Los nuevos cánones de trabajo surgidos después de enero de 1959 favorecen la producción historiográfica como resultado de una labor colectiva, en equipo. Este método de trabajo, iniciado en la década del 60, ha brindado buenos frutos, fundamentalmente en lo concerniente a libros de texto para las enseñanzas primaria y media; la experiencia adquirida ha permitido superar las deficiencias iniciales, dando paso a materiales que desde el punto de vista científico y pedagógico representan un salto cualitativo, un serio esfuerzo por elevar nuestros textos de Historia, una manera consecuente de contribuir a la política educacional del país. Como ejemplo de lo anteriormente expuesto podemos citar la *Historia universal y de Cuba en los tiempos modernos*, la *Historia universal y de Cuba en la edad contemporánea* y la *Historia de Cuba* editada por la

Dirección General de formación de personal docente MINED, dirigido por Julio Le Riverend.

Al ampliarse las temáticas que deben ser objeto de investigación sobre la base de dar respuesta a los aspectos poco trabajados por la historiografía precedente, se abren nuevos derroteros para nuestros historiadores; la historia del movimiento obrero, la historia económica, la historia regional, constituyen terrenos vírgenes para el investigador cubano y por tal motivo muchos encaminan sus pasos en estas direcciones. Por supuesto, a la hora de concretar la información obtenida y dar a conocer las conclusiones a las cuales se ha arribado, el historiador se vale indistintamente del ensayo, la monografía y la biografía u otro género que le sirva, según el caso; en las dos últimas décadas, aunque necesariamente algunos géneros se han incrementado más que otros, todos ellos han recibido una alta cuota de trabajos.

En los años que median entre 1961 y 1968 hay un vuelco cualitativo y cuantitativo en el quehacer historiográfico de nuestro país; durante ese tiempo se publican importantes resultados investigativos que no se obvian en el presente trabajo, aunque sí en este recuento a vuela pluma como el que estamos haciendo.

En lo referente a la historia del movimiento obrero un nombre acapara, en primer término nuestra atención: José Rivero Muñiz. A él se deben entre otros títulos: *El movimiento obrero durante la 1.ª intervención* (1961). *El movimiento laboral cubano durante el período 1906-1911* (1962) y *El primer partido socialista cubano* (1962), todos ellos publicados en la Revista Islas, bajo los auspicios que la Universidad Central de Las Villas. El Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Cuba edita la obra más representativa de este pionero de la historia del movimiento obrero cubano: *Tabaco, su historia en Cuba* (1965).

Aunque a Rivero Muñiz le falta «la orientación ideológica idónea para interpretar consecuentemente la rica información documental que maneja», su labor de recopilador honesto no ha sido desdeñada por los historiadores que posteriormente han acometido la tarea de investigar sobre el movimiento obrero en nuestro país.

En este período aparece insertado en las páginas de la revista *Cuba Socialista* un interesante trabajo de Sergio Aguirre —*Algunas luchas sociales en Cuba republicana I* (1965)— donde el autor, con la agudeza que le caracteriza, pasa revista y le hace una buena disección a las posiciones asumidas por los gobernantes de turno entra 1899-1917, frente al incipiente movimiento

obrero cubano, así como a las agrupaciones obreras de la época. Otro aporte en esta vertiente de trabajo lo constituye el esclarecedor estudio de Fabio Grobart, *El movimiento obrero cubano de 1925 a 1933*, publicado en la revista anteriormente citada en 1966; auxiliado de la metodología marxista y de sus propias vivencias. Grobart analiza críticamente los aspectos fundamentales de las luchas sociales en Cuba en tan importante período, sentando pautas en este difícil quehacer.

La *historia económica* de Cuba no es olvidada por nuestros historiadores en la etapa que nos ocupa, por el contrario, nuevos títulos engrosan esta importante temática historiográfica. En primer lugar, hace su aparición en nuestras librerías *El Ingenio* (1964), medular obra de Manuel Moreno Fragnals; este libro polémico no debe obviarse si se estudia la historia de Cuba relativa a los primeros cincuenta años del siglo XIX. El tema escogido por Moreno es de interés general, no cabe duda, pero a esta obra no se le concede importancia por el tema que trata sino por la forma novedosa en que es capaz de abordarlo su autor. Moreno concentra su atención —a la postre— en la etapa manufacturera esclavista del proceso histórico azucarero, dejando atrás su proyectada historia general de nuestra primera industria nacional.

Tanto en la primera versión como en la de 1974 —notablemente ampliada— Moreno Fragnals revela su capacidad para organizar el cúmulo informativo así como para analizar y sintetizar éste en una exposición coherente, dinámica —y a ratos— un tanto apasionada. El autor pretende convencernos pero no se propone agotar el tema; por el contrario, considero que las páginas de *El ingenio* han servido de acicate a otros investigadores para incursionar en este terreno y completar el estudio iniciado por Moreno en la década del 60.

En este período se publican nuevos trabajos de Le Riverend, en ellos se aborda con el rigor científico a que este historiador nos tiene acostumbrados, diversas facetas de la historia económica cubana; pueden citarse: *Acercas de la historia económica de Cuba* (1965), *Raíces del 24 de febrero: la economía y la sociedad cubana de 1878-95* (1965), *La penetración económica extranjera en Cuba* (1966). Los problemas económicos existentes en el transcurso de nuestras gestas independendistas y su incidencia en dichas guerras, en pocas oportunidades han sido objeto de atención por parte de nuestros historiadores; Le Riverend acomete esta empresa con espíritu crítico, despejando algunas incógnitas

de primordial interés pero una interpretación consecuente de la génesis de la gesta martiana.

A esta misma hornada pertenece al estudio de P. A. Pardeiro, *Penetración de la oligarquía financiera yanqui en la economía de la Cuba capitalista* (1967) en el cual, a partir de una nueva óptica, enjuicia su autor —detenidamente— este controvertido aspecto de la problemática económica cubana aportando al mismo nuevos elementos.

En la etapa comprendida entre 1961-68 ve la luz el primer tomo de *Historia de Cuba* (1963) escrito por Sergio Aguirre, destinado a convertirse en libro de texto para el nivel de Enseñanza Media, «especialmente en las Escuelas Secundarias Básicas» (12). La estructura de la obra respalda la periodización defendida por este historiador en trabajos anteriores; su principal mérito estriba en interpretar la historia nacional aplicando el *materialismo histórico*. Por su parte Jorge Ibarra, con su *Ideología Mambisa* (1967), hace un importante aporte a nuestra historiografía. En el pequeño volumen reúne un conjunto de ensayos y artículos con los cuales Ibarra se propone demostrar la continuidad radical de nuestras gestas independentistas. Encabeza este libro un notable ensayo —«Notas sobre nación e ideología»— donde el autor argumenta el porqué la nación cubana comienza a forjarse durante la Guerra Grande. En el libro de Ibarra se conjugan armoniosamente el paciente trabajo de acarreo informativo en el Archivo Nacional de Cuba y la aplicación de la dialéctica marxista el terreno de la historia.

La Dirección Política de las F.A.R. publica en 1967 una *Historia de Cuba* redactada por el propio Jorge Ibarra (13). En el libro —que evidencia investigación sistemática en los archivos y análisis crítico— el historiador concede especial atención el período 1968-98 y dentro de éste profundiza en aspectos tales como las ideas defendidas al calor de la Asamblea de Guáimaro, las discrepancias que surgen entre los dirigentes revolucionarios, las razones históricas, políticas y militares de la Protesta de Baraguá. Para Ibarra «las causas que determinan el Pacto del Zanjón se hallan en la inconsecuencia revolucionaria y en la falta de perspectiva militar y política de los promotores de la revolución»; también afirma que la Protesta «significa el ascenso a la dirección revolucionaria

(12) Sergio AGUIRRE: *Historia de Cuba*, Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1966, T. I., pág. 7.

(13) Este libro, que se ha reeditado, ha apoyado también la docencia en el nivel de Enseñanza Media.

del país de elementos representativos de las clases y capas más humildes y explotadas y por ende, más consecuentes en la lucha a muerte contra el colonialismo español» (14).

Algunas de las ideas expuestas por Ibarra en la *Historia de Cuba* no son compartidas por otros historiadores pero esto no le resta valor a su trabajo creador: el debate científico debe conducir a la verdad histórica.

También corresponde a esta época el lanzamiento del primer tomo de *Documentos para la historia de Cuba* de la historiadora Hortensia Pichardo. Esta publicación marca el inicio -1965- de una línea significativa de trabajo en nuestra historiografía que encuentra receptividad en los años posteriores. En esta vertiente se desenvuelve con maestría la infatigable investigadora, enlazando hábilmente la experiencia docente y la acuciosidad investigativa; los Documentos de esta erudita profesora se convierten, desde los primeros momentos, en un útil instrumento de trabajo para alumnos y profesores, en un valioso auxiliar de la docencia.

En relación con los estudios concernientes a los primeros siglos de la colonización hispana, sabemos que los títulos han escaseado —antes y después de la Revolución— sin embargo, durante los años que hacemos referencia, la Comisión Nacional Cubana de la U.N.E.S.C.O. coadyuva decisivamente a divulgar las obras de nuestros primeros historiadores: Arrate, Urrutia, Valdés. Estas historias —pese a sus limitaciones— representan los esfuerzos iniciales de estos hombres, nacidos en la Isla por brindarnos la visión cubana de nuestro pasado histórico, valorando consecuentemente la importancia de estos trabajos, la Comisión los publica en 1963 y 1964.

Otros organismos, como el Consejo Nacional de Cultura y el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias, se suman a la tarea de reeditar obras históricas, escritas en los siglos XIX y XX. Ejemplos significativos de esta actividad editorial lo constituye *La Isla de Cuba* (1964) del diplomático inglés Richard Madden (15) y los trabajos de Raúl Cepero Bonilla *Azúcar y abolición, El Siglo y Política Azucarera*, reunidos en un volumen prologado por Julio Le Riverend, en el que analiza críticamente la producción escrita de Cepero Bonilla, destacando la importancia de sus aportes a nuestra historiografía.

(14) *Historia de Cuba*, Habana, Dirección Pol. de la FAR. 1968. págs. 296-97.

(15) Este trabajo es más conocido que el de su contemporáneo David TURNBULL: *Cuba, travels in the west...*, sin embargo el de TURNBULL es de superior calidad; ambos defienden el abolicionismo inglés.

Para concluir la etapa de trabajo estudiadas, debemos hacer referencia al valor que se concede con vista a la reconstrucción de la lucha insurreccional, a las obras basadas en testimonios de testigos y protagonistas, que resumen experiencias vividas en la Sierra y en el llano durante la última gesta heroica de nuestro pueblo. El libro del Comandante Ernesto Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria* (1963), es un *modelo del género*; el de la periodista Marta Rojas, *Los testigos del hospital* (1967) marca pautas para acometer con éxito la tarea del testimonio colectivo, articulando consecuentemente las partes del relato en un todo armónico y dinámico, donde los contenidos no se diluyen.

A mi juicio, 1968 es un año clave para nuestra historiografía. Fundamento esta opinión sobre la base de la importancia concedida al análisis histórico por las máximas figuras de nuestra Revolución, a partir del discurso pronunciado por el Comandante en Jefe —Fidel Castro— en la velada conmemorativa de los *Cien Años de Lucha* (10-10-1968). En esta transcendental disertación Fidel Castro afirma:

«Y estas serán las tareas: defender la Revolución frente al imperialismo, profundizar nuestras conciencias en la marcha hacia el futuro, fortalecer nuestro pensamiento revolucionario en el estudio de nuestra historia, ir hacia las raíces de ese pensamiento revolucionario» (16).

El discurso del centenario de la caída en combate del Mayor General Ignacio Agramonte (1973), el del XX aniversario del ataque al Cuartel Moncada (1973), el del centenario de la caída en combate de Carlos Manuel de Céspedes (1974), el del centenario de la Protesta de Baraguá (1978) —entre otros— presentan características comunes: En ellos se evalúa consecuentemente nuestro pasado histórico, se hace justicia a los héroes de la Patria y se sientan pautas para el análisis dialéctico de nuestras grandes figuras, partiendo del contexto histórico en que éstas se desenvuelven.

Estos orientadores discursos, que no han perdido su vigencia, se convierten de hecho en eficaces auxiliares de los estudiosos de la historia nacional; no en balde encierran sus párrafos infinita sabiduría...

(16) Fidel CASTRO: “Discurso pronunciado en la velada conmemorativa de los Cien Años de Lucha el 10 de octubre de 1968”. (En *Porque en Cuba sólo ha habido una revolución*, Habana, DOR del CCPCC 1975, pág. 66).

«No podemos analizar los hechos de aquella época a la luz de los conceptos de hoy, a la luz de las ideas de hoy» (17).

El centenario de los Cien Años de Lucha influye directamente en las publicaciones de estos años; en virtud de ello se reeditan los libros más significativos escritos por testigos y protagonistas de la Gesta del 68: *La Revolución de Yara* de Fernando Figueredo, *Desde Yara hasta el Zanjón* de Enrique Collazo, *La República de Cuba* de Antonio Zambrana y *La tierra del mambí* de James O'Kelly forman parte de esta hornada.

Algunos de estos trabajos —que habían sido fuente bibliográfica obligada para los historiadores que abordan el estudio de la Guerra Grande durante la república neo-colonial— son evaluados críticamente; uno de los análisis más logrados es el que elabora Julio Le Riverend sobre *Desde Yara hasta el Zanjón*, que rebasa los marcos del objetivo inicial propuesto. El autor a que hacemos referencia enjuicia a grandes rasgos la producción escrita de Collazo, destacando sus virtudes y defectos; enmarcando la labor del actor de muchas páginas heroicas dentro del contexto social en que el mismo se proyecta.

La Escuela de Historia de la universidad habanera hace un útil aporte en saludo al centenario del 68, al publicar una importante recopilación de artículos, discursos y opiniones *Sobre la Guerra de los 10 años* (18). En este volumen se incluyen trabajos que abordan bajo distintos prismas las causas que originan la guerra así como los aspectos claves de la misma; sin olvidar los antecedentes económicos de esta gesta, la cultura, los aspectos demográficos, así como la imagen de la lucha en el marco de las relaciones internacionales. En este libro aparecen algunos de los más significativos escritos sobre el tema, avalados por las firmas de Sergio Aguirre, Manuel Moreno Friginals, Julio Le Riverend, José Luciano Franco, Juan Pérez de la Riva, Carlos Funtanellas y otros.

El trabajo colectivo sobre nuevos bríos en estos años. La dirección política de las FAR se hace eco a través de su Sección de Historia, de que «el estudio sistemático de los diferentes aspectos de la historia patria conlleva una más profunda comprensión del momento actual de esta Revolución» (19). Dicha Sección

(17) Idem. ant., pág. 24.

(18) La selección y recopilación de textos se debe al tesorero trabajo de la profesora universitaria M.^a Cristina Llerena.

(19) *Historia de Cuba. Bibliografía*. Sección de Hist., MINFAR, Ed. Pueblo y Educación, Habana, 1970, pág. 3.

se anota un gran logro con la elaboración de una *Bibliografía de Historia de Cuba* (1970), que facilita la búsqueda de la literatura histórica existente sobre esta materia.

A su vez el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, consciente de la necesidad que tiene nuestro pueblo de conocer la historia del movimiento obrero cubano, se esfuerza —desde su fundación— en crear las condiciones para emprender la difícil tarea. En primer término, estos equipos de trabajo recopilan y seleccionan cuidadosamente, documentos y artículos referidos al movimiento obrero nacional. Gracias a este laboreo intensivo se editan varios libros: *El movimiento obrero cubano: documentos y artículos*, Tomo I (1975), *Julio Antonio Mella; documentos y artículos* (1975), *Carlos Baliño; documentos y artículos* (1976) y *El movimiento obrero cubano; documentos y artículos*, Tomo II (1977). El serio esfuerzo realizado por este colectivo de trabajo bajo la dirección de Fabio Grobart, marca un paso de avance en los estudios acerca del movimiento obrero en nuestro país; las compilaciones realizadas hasta la fecha han resultado útiles no sólo a los historiadores sino a cuantos se interesan en esta temática.

En la década del 70 se reproducen algunas monografías de Ramiro Guerra —*Guerra de los 10 Años* (1972), *La expansión territorial de los Estados Unidos* (1973)— tomando en consideración que estas obras aportan un considerable caudal informativo e incorporan diversos análisis socio-económicos, dignos de tenerse en cuenta como punto de partida para ulteriores investigaciones.

También se reedita la *Historia económica de Cuba* (1971) de Le Riverend, que por su rica información y profundidad de análisis resulta de gran utilidad para comprender los problemas del desarrollo económico-social cubano; esta obra, a pesar de los años transcurridos desde su primitiva edición (1952) no ha perdido su vigencia y ha servido de apoyo a la docencia en el nivel universitario.

Lo más representativo de este período no son las reediciones sino el lanzamiento de nuevos títulos, resultado del trabajo investigativo —personal y colectivo—. El activismo de historia, que se practica en todos los niveles, contribuye a fomentar el amor a la investigación entre los estudiosos de dicha materia. El concurso Primero de Enero ha coadyuvado el desarrollo y difusión de este amplio quehacer investigativo cuya calidad va en ascenso; nuestra historiografía particular se ha nutrido por esta vía de numerosos trabajos que abordan —en algunos casos— aspectos poco cono-

cidos sobre la historia del movimiento obrero cubano y la actividad revolucionaria durante el período 1952-59.

A través de otro concurso, el convocado por la Dirección Política de las FAR —Concurso 26 de Julio— se incrementa nuestra producción historiográfica con obras de reconocida calidad en el orden científico, las cuales —en algunas oportunidades— resumen el esfuerzo investigativo de muchos años de incansable búsqueda en los archivos. Parte de ese resultado lo constituyen los títulos que relaciono a continuación: *Algunos aspectos económico-sociales y políticos del movimiento obrero cubano* de Carlos del Toro (1974); *Guiteras, la época, el hombre* de Olga Cabrera (1974); *El General Flor. Apuntes históricos de una vida* de Abelardo Padrón (1976); *El movimiento de veteranos y patriotas* de Ana Cairo (1976); *La Guerra Chiquita: una experiencia necesaria* Francisco Pérez Guzmán y Rodolfo Sarracino (1982)...

Las temáticas abordadas en los diversos géneros del Concurso —biografía, investigación histórica, ensayo, etc.— son muy variadas pero el centro temático de estas obras premiadas siempre se corresponde con un aspecto no trillado por la historiografía cubana o, cuando más, evaluados con una óptica muy limitada.

En sentido general, estas publicaciones contribuyen —tanto por la información que contienen como por la interpretación dada a esos contenidos— a que se llenen los vacíos que sobre determinadas situaciones históricas aún tenemos.

Una labor que no puede obviarse en este período dadas su importancia y utilidad práctica, es la realizada en la última década por el Dpto. Colección Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí. Al paciente y tesonero afán de Araceli García Carranza y Alcida Plasencia —entre otros— debemos la elaboración de bibliografías sobre las guerras de independencia de inestimable ayuda para nuestros historiadores; estos libros (20), por la metodología empleada para su consecución y las referencias que ofrecen, se convierten necesariamente en una *guía* para el historiador.

Debemos subrayar a estas alturas, que el pensamiento político cubano no ha sido descuidado por nuestros historiadores. Las ideas de Martí, Maceo, Céspedes, Agramonte, Saco y otros ilustres cubanos, son objeto de un estudio sistemático durante estos

(20) Se han publicado varios volúmenes sobre la Guerra de los 10 Años, acerca de la Guerra Chiquita, sobre la Guerra del 95, etc. El más completo, a mi juicio, es el relativo a la Guerra Grande.

años, por supuesto no han podido abarcarse todas las facetas de esta temática tan rica y polémica.

Lógicamente se ha concedido un mayor peso al ideario martiano, a su gestión rectora en la preparación de la guerra necesaria, independientemente de que su multifacética personalidad es centro de la atención de los profesionales de la historia y de todo el pueblo cubano. Ejemplo patente de lo anteriormente expuesto son los equipos y los concursos martianos.

Tanto los *Anuarios* publicados durante años por la Biblioteca Nacional como los que edita el Centro de Estudios Martianos desde su fundación, así como el resto de los materiales impresos sobre nuestro Héroe Nacional, destacan el pensamiento latinoamericano y antiimperialista de José Martí, Los Anuarios son más que un arsenal informativo; recogen las nuevas interpretaciones sobre el ideario martiano, profundizan en su quehacer... y lo más importante, mueven a la reflexión. En estos volúmenes, un grupo de especialistas dejan sus huellas; Salvador Morales, Ramón de Armas, Diana Abad, Ibrahim Hidalgo... por citar algunos nombres.

Se compilan también en algunos libros como el caso de *Siete enfoques marxistas sobre José Martí* (1978), trabajos altamente representativos (21), escritos en diversos momentos por diferentes autores.

Merece una mención especial el cuidadoso trabajo que realiza el Centro de Estudios Martianos para entregarnos una edición crítica de las Obras Completas de José Martí.

En cuanto a los estudios relativos a la historia económica de nuestro país, debemos señalar que en los últimos años se han centrado, fundamentalmente, en torno al grado de desarrollo alcanzado por el capitalismo en Cuba hasta 1958 y el papel desempeñado por el imperialismo norteamericano para obtener la estructura económica existente.

Algunas obras resultan novedosas y a veces polémicas por el tratamiento concedido al tema en otros casos sobresale el acopio informativo. Recordamos entre los títulos correspondientes a esta etapa: *Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo (1510-1959)* de Francisco López Segrera; *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui* de Oscar Pino Santor y *United Fruit Company:*

(21) En este libro se reúnen siete brillantes ensayos sobre Martí; las plumas de MELLA, Raúl ROSA, Blas ROCA, el Comandante GUEVARA, Carlos R. RODRÍGUEZ, Armando HART y Juan MARINELLO con sus autores. Este volumen, por las características del mismo, constituye una joya en su género.

un caso de dominio imperialista del binomio Oscar Zanetti-Alejandro García, editadas respectivamente en 1972, 1973 y 1976.

Estamos conscientes que aun quedan aspectos de esta gran problemática económica en los que hay que ahondar más, a pesar del notable esfuerzo realizado por cubrir todas las interrogantes; debe profundizarse en la incidencia de las crisis económicas mundiales en nuestra economía, en la actividad bancaria, en las finanzas... Por otra parte, aunque se han hecho interesantes aportes en relación con la evolución económica a nivel regional —especialmente en Las Villas, con los trabajos de Hernán Venegas y Carmen Guerra— queda un buen trecho por recorrer en esta dirección.

En los últimos quince años se ha investigado sistemáticamente en torno a la lucha contra el dictador Machado y las personalidades que conforman la Generación del 30. Los trabajos publicados —como resultante de esta labor— persiguen el objetivo de darnos una visión exacta del pasado y establecer los vínculos consecuentes entre pasado y presente, sobre la base del análisis crítico, de una certera selección de fuentes, aplicando la metodología marxista-leninista. Mencionamos como ejemplo de este quehacer la documentada obra de Lionel Soto: *La revolución del 33* (1977), que ofrece al lector un pormenorizado recuento de una de las etapas más convulsas de nuestra historia, desenmascara a los enemigos del pueblo, a los desertores de las filas revolucionarias y reconoce los méritos de los que luchaban por convertir la República en aquella con que soñara Martí.

Resumiendo

La dinámica, vigencia y auge de nuestra historiografía nacional tiene su fundamento en que refleja, expresa y defiende los intereses y aspiraciones del pueblo. Nuestro pasado, el pasado de nuestro pueblo es ahora conocido y comprendido por las masas populares. La historiografía al dejar de ser —como el resto de las manifestaciones culturales— patrimonio y privilegio para el disfrute de minorías, se concibe, produce y difunde para el pueblo de Cuba.

El dinamismo de nuestra historiografía actual está en consonancia con la práctica político-social que vivimos. Estimamos que aunque nos falta mucho por aprender y hacer, el camino está desbrozado y se marcha con paso firme hacia mayores logros en el terreno historiográfico.